



BIBLIOGRAFICAS



LAS RUTAS ILUSORIAS (Poesías) por Julio Munizaga Ossandón

Llegan libros de poetas chilenos. Son tres «Las Rutas Ilusorias» por Munizaga Ossandón «Paisajes de mi Corazón» por Prendes Saldías y «Yo iba solo» por Lagos Lisboa. Me ocuparé del primero.

Empezaré diciendo que su autor ha sido el poeta que mereció el honor del primer premio en los juegos florales de Santiago en el año 1914. Basta esto solo para saber que estamos frente a un poeta de verdad, alto y consciente de su misión. Sus versos están matizados con imágenes originales y bellas exentas de lugares comunes como cabe hacerlo a todo buen artista. No es un poeta fuerte, sino dulce, blando, con mucho espíritu, emoción sin sentimentalismos pasados de moda, y a más de todo eso, como una luna pulverizando nardos por sobre sus versos: blancura, mucha blancura y armonía, mucha armonía.

La primer parte del libro denominada «Paisajes de Eglóga» está consagrada enteramente a la Naturaleza. Hay en ella paisajes de la campiña chilena que sorprenden y aroman los sentidos con su sencillo perfume de campo humedo y lozano. A cada momento encontramos bellezas descriptas como esta:

«Son de campanas sobre una torre
luz panteísta que el campo baña,
i un velo de oro que se descorre
desde la cumbre de la montaña.»

Pero la parte del libro más sugestiva y emocional, es la denominada «A flor de Alma».

Leyendo estas poesías del vate chileno, uno se siente llevado en los brazos sutiles de no sé qué espíritu amigo, a un hermoso paisaje donde al par de los rayos del sol chisporrotean las gemas luminosas de la Belleza. Este período, «A flor de Alma», tiene un encanto dulcemente femenino. El artista conversa con la amada mientras el lenguaje de los árboles, y las notas que canta el río en su lengua hidrográfica, se riman a la música del corazón colgándose en la pauta del espíritu el motivo de una melodía que queda largo tiempo repitiéndose en los tímpanos. No hay duda; este cantor bien venido del otro lado de los Andes sabe cantar. El pequeño poema que le valió el premio en los juegos florales — una bella composición lírica y sencilla — es un canto a la Virgen que nos recuerda por momentos aquellos admirables tercetos — copón místico en donde Verlaine volcaba, con su mano maestra, sus religiosas letanías a la Inmaculada.

He aquí la última estrofa del poema:

«Ave María, gracia plena, — úngeme en tu consolación!
Mi alma de tu perfume llena — tendrá dulzuras de oración —
Recójeme en tu corazón, — tú que eres suave y eres buena —
i úngeme en tu consolación, — Ave María, gracia plena! —»

En el ciclo amoroso — tan gastado por cierto — el poeta sabe decirnos lo que dicen todos pero nó como todos lo dicen; por eso tienen original encanto sus estrofas románticas; ved:

«Y en el recojimiento de mi templo interior
alcé tu imagen santa sobre mi altar mayor
i te oficié las misas de mi más puro amor...»

Parece que el vate le siguiera cantando a la Virgen, tal es el aroma de santidad y misticismo con que está perfumada la estrofa.

Han la obra dos sonetos que el autor califica de «Sonetines» inspirados en las manos, que siento no tener el suficiente sitio para reproducirlos. Ellos son tiernos y fragantes, como flores, cuyo perfume sería el amoroso misticismo que los encanta:

«Manos que forman los caminos
hacia tus labios tan lejanos!»

«Sobre mis lobregos arcanos
tejen tus dedos martillos
los ideales más divinos
i los anhelos más humanos...»

Más adelante el poeta habla de sus «Liturgias Profanas» y ora «por el gran crimen de tener veinte años» «i por la dicha cruel de haber pecado!»...

Las imágenes frescas y bonitas se suceden en cada página. Habla de «la azul hidrografía de tus venas»; cuando no dice que «las almas tristes son dolientes catedrales».

Y luego de leer este libro, no puedo menos que lamentar el hecho de que muchos poetas sud americanos de la fuerza lírica de Munizaga Ossandón, sean completamente desconocidos para nuestro público y aún para muchos iniciados en las letras; debido al pobrísimo acercamiento intelectual que reina entre los países de América.

EL JARDIN DE LA VIDA por Manuel Benavente

Manuel Benavente es un poeta que ostenta su bohemia como una condecoración. Hay hombres que tienen la valiente sinceridad de llevar y de mostrar el sello de su vida humilde como un penacho blanco. Y así, el vate es como sus versos, o los versos del vate son como él.

Despreocupado en la forma, en lo exterior, sin los atildamientos de muchos rimeros contemporáneos, si bien los poemas que integran «El Jardín de la Vida» no han sido colocados en la malla de ningún refinamiento, así, en su natural desgaire, tienen el valor de la espontaneidad y la inspiración descubriendo un cerebro equilibrado y consciente llevado a las sendas poéticas en brazos de la emotividad.

Este primer libro donde el autor nos da a conocer las poesías de sus veinte años, muestra, como un timbre que le diera valor la humeda lozanía de un temperamento juvenil y revolucionario, que se indigna ante los opresores y tiende la mano a los oprimidos.

El bardo castiga las injusticias con el latigazo lírico de sus versos que dejan una lista de púrpura sobre las espaldas de la maldad. Luego, invita a los hermanos: «a reconocer la senda del amor de la vida y del combate hasta que esta abra sus ojos como una novia voluptuosamente».

Pero la Musa, a Benavente, no sólo le dá hijos revolucionarios, pues integran también el pequeño volumen, algunos poemas amorosos, leyendo los cuales, a cada instante nos encontramos con bellísimos pasajes, donde reina la nota sentimental artísticamente tañida.

Y así, cambiante, a veces rudo y agrio, a veces dulce y tierno, con flores blancas y con flores rojas en su lírico bouquet; esta música no siempre armónica, pero con ley motivos de emoción, es obra verdadera de poeta cuya juventud florece en rosas «como florece un huerto abandonado».

FERNÁN SILVA VALDES.